



CLARIN

SOLOS  
PR. CLARIN

PQ6070  
.A5  
1891



1020027159



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



RICARDO BOYADIBIAS  
FORD



SOLOS DE CLARÍN

860.9  
Núm. Clas. A323e  
Núm. Autor 33139  
Núm. Adg. -8-  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó 69  
Catálogo \_\_\_\_\_



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

El derecho y la moralidad.  
Programa de economía.  
Alcalá Galiano (conferencia).

La literatura en 1881 (en colaboración) (3.<sup>a</sup> edición).  
La Regenta (novela) (dos tomos).  
Su único hijo (novela); un vol.  
...Sermón perdido (3.<sup>a</sup> edición).  
Pipá (novelas cortas) (2.<sup>a</sup> edición).  
Nueva campaña.

Folletos literarios. I.—Un viaje á Madrid.  
" II.—Cánovas y su tiempo.  
" III.—Apolo en Pafos.  
" IV.—Mis plagios.  
" V.—A 0,50 poeta.—Epístola.  
" VI.—Rafael Calvo y el Teatro Español.  
" VII.—Museum.

Mezclilla.

B. Pérez Galdós.—Semblanza biográfica. (2.<sup>a</sup> edición.)

### EN PRENSA

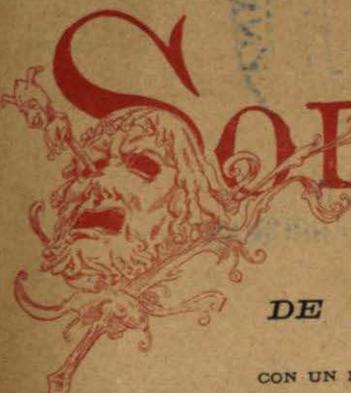
Doña Berta; Cuervo; Superchería (novelas cortas).  
Folletos literarios: (VIII).

### EN PREPARACIÓN

Una medianía (novela).  
Esperaindeo (novela).  
La viuda y el libro (novelas cortas).  
Tambor y gaita (novela).

LEOPOLDO ALAS

SOLOS



DE CLARÍN

CON UN PRÓLOGO

DE

D. JOSÉ ECHEGARAY

Dibujos de Angel Pons

CUARTA EDICIÓN

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO

Carrera de San Jerónimo, 12.

1891

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1000. 1825 MONTERREY, MEXICO

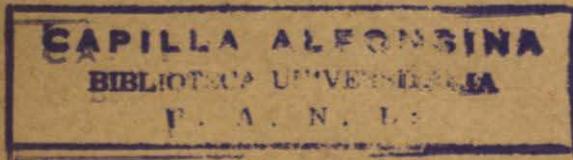
33139



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



97964

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.





PROLOGO  
DE LA CUARTA EDICIÓN



1881



1891

Este libro se publicó por primera vez en 1881, va á hacer diez años, y desde entonces acá el autor ha tenido que variar de opiniones y gustos respecto de muchas cosas y de no pocas personas. Por consiguiente, hoy por hoy no respondo de todo lo que contiene esta colección de artículos. Y como un escrutinio de lo *vigente* y de lo no *vigente*, según mis actuales ideas, sería tarea larga, pesada, inútil, lo mejor será decir que no respondo de nada de lo que contiene este libro.

Si hoy le pusiera notas, comentarios, rectificaciones, acaso dentro de algunos años, cuando á otro editor ó al mismo se le ocurriera publicar nueva edición, resultarían comentarios, rectificaciones y notas anticuados también; no menos infiel expresion de mi modo de ver actual.

Además, he tomado repugnancia á esa especie de burla que hace *Sostas* de sí mismo, poniendo en la picota del ridículo sus ideas de antaño, desde que leí las *Notas* de Chateaubriand á su *Ensayo sobre las Revoluciones*. Es mucho más simpática la candorosa exaltación del libro que la prudencia algo felina y acaso poco sincera de los comentarios.

Si yo hablase hoy, tal como pienso, del naturalismo y del romanticismo, del teatro, de la influencia de nuestra *literatura revolucionaria*, etc., etc., diría cosas muy diferentes, en verdad, de las que van apuntadas en este libro. No me pesa de haber modificado mis opiniones. lo creo natural, saludable; pero tampoco estoy arrepentido de haber pensado antes como pensaba.

De algo estoy por completo satisfecho al repasar estos artículos para corregir las pruebas; de la absoluta lealtad, espontaneidad é imparcialidad que veo en todos ellos. En esto me reconozco siempre el mismo. Aunque se ha hablado algo, aun por amigos, de mi apasionamiento, yo estoy seguro de no haber escrito un solo renglón ni un epíteto guiado por el odio literario ni por otro alguno.

En muchas biografías al minuto que se han escrito de mi humilde persona, he leído que tengo muchos enemigos. Gubernatis, en su *Diccionario biográfico*, en los pocos renglones que me dedica, entre varios errores, apunta como principal carácter que me distingue el haberme captado la malevolencia de muchos. Podrá ser verdad. Lo que yo puedo asegurar es que no sé querer mal á nadie. A unos porque los desprecio, á otros porque, aun censurándolos, sé estimarlos en lo que valen.

En estos SOLOS DE CLARÍN he tenido que tratar mal á muchos escritores que me parecían malos. En este respecto no tendría nada que rectificar en mi libro. Pienso hoy lo mismo que entonces. Espero morirme opinando que son unos majaderos los que lo son efectivamente.

En cuanto á los autores á quien alabo en esta colección de trabajos periodísticos, no todos me merecen hoy la misma admiración. Uno hay á quien ahora quiero, respeto y admiro mucho más de lo que podría creerse, á juzgar por uno de los artículos que en los SOLOS le dedico. Me refiero al Sr. Pereda, uno de los cinco ó seis escritores que más valen en España, á mi juicio. *El buey suelto* es sin duda una de sus novelas menos inspiradas, más imperfectas; pero

siento que el artículo en que la examino no esté escrito de otra manera, y no lo suprimo por no suprimir nada; porque de lo que yo soy en 1891 responden los libros que en 1891 publique, no los que vieron la luz en 1881.

Los motivos de *dar á la estampa* esta cuarta edición, son todos ellos del orden económico y administrativo. Se había agotado la tercera edición; nada más lógico que ofrecer á los compradores la cuarta. Un editor generoso y arrogante me proponía, además del justo precio, una forma lujosa, elegante, con dibujos de lápiz ya famoso, para el librejo que, al fin y al cabo, es el primogénito de mi prole literaria (la cual se va alargando á medida que aumenta otra *prole* menos metafísica y de mejor diente); ¿qué hacer? Muy orgulloso tendría que ser yo para no acceder á la proposición que se me hacía.

Si atendiera al orgullo, es claro que no permitiría reimprimir un libro, en el cual, lo que encuentro tolerable es cierto brío juvenil, mas un entusiasmo sano y algunas carcajadas bien intencionadas, de una alegría que, ¡ojalá Dios me conserve toda la vida! sin más que cambiarle los matices, según á cada edad conviene que sean.

Por último, cumpliendo el propósito de no quitar ni poner nada, ni siquiera he arrancado de la colección unos cuentos que acaso estuvieran mejor en otra parte.





## CUATRO PALABRAS

Á MANERA DE PRÓLOGO

INVITADO por mi buen amigo D. Leopoldo Alas á escribir unas cuantas páginas á manera de prólogo ó introducción á su libro, y deseando vivamente complacerle, preparé mi papel, tomé mi pluma, y pedí inspiración al Dios de los proemios, que númen tutelar deben tener, aunque yo, en este instante, ignore cuál sea. Y bien he menester que á mí descienda, y que me preste un tizón al menos de su sacrofuego, porque es la verdad que, por más que busco, no encuentro idea que valga el trabajo de ser embutida en una frase; ni mi pobre imaginación da muestras de sí, por más que la solícito y la ruego; ni hallo á mi alcance, por más que dirijo afanosamente la vista interna á todos los antros del cerebro, una siquiera de las muchas vulgaridades que el uso tiene almacenadas para necesitados como yo y empresas como la mía.

Resultado natural y fácil de prever, porque el caso es de todo en todo nuevo para mi ingenio; la ocasión inverosímil de puro inesperada, y grande el conflicto, y el apuro mayúsculo: no sólo, aunque esto fuera bastante, por mi ya

confesada esterilidad, sino por otras muchas y poderosas razones, que á su tiempo diré, si no es que desde luego las digo, como voy á decirías, sin poner más prólogo á mi prólogo que las palabras que preceden.

Diré, pues, que esto de ver mi persona, mis actos y mis obras en poder de críticos, cosa es harto vista; y que no fuera novedad, ni nadie por novedad la tendría, yo menos que nadie, verlas y verlos á todos tres, obras, personas y actos, sin compasión mordidos, y destrozados, y dispersos, y aun insepultos, cuando no aniquilados, y hasta de la memoria de las gentes desvanecidos: todo por obra y gracia de la crítica y de sus mortíferos rayos. Pero ver á un crítico en mi poder, sus escritos bajo mi pluma, sus fazañas pendientes de mi fallo, esto sí que es cosa peregrina, y combinación que á maravilla trasciende; esto sí que asombraría al mundo, dado que el mundo se ocupase de nosotros, y que á mí mismo, que soy el favorecido, me deja indeciso y suspenso.

¿Qué se hace en ocasión semejante? me pregunto, y no atino con la respuesta: ¿ni cómo dar con ella, revolviendo precedentes de mi vida literaria, si por vez primera me veo en caso tal!

Juzgar yo á un crítico, analizar sus obras, disciplinar, por decirlo así, su palmeta, es invertir los términos, es trastornar las leyes naturales, es algo parecido á las populares aleyas del mundo al revés, en que pinta la inspiración callejera embarcaciones por los montes, carromatos por los mares, el pollo asando tranquilamente al cocinero y el corderillo clavando aguda cuchilla en la robusta garganta del matachín. Carromato fuí que por fuera del camino real avancé como pude, por entre tumbos de gente espantadiza y tropiezos de ceñudos críticos: el asador y el fuego sentí una y otra vez en mi pobre carne; corderillo inocente, en más de una ocasión rasgóme las entrañas agudo hierro, aunque jamás por lo visto lograron acabar conmigo: y esto aprendí y de memoria me sé el papel de la vícti-

ma; pero inexperto en la obra, y espantando casi ante mi propia osadía, me veo, al encontrarme con todo un crítico entre las manos, y al alcance, por ende, de mi enojo.

Oiganme en confesión, y cállenlo luego los que me lean: mi primer impulso fué el de la venganza: ojo por ojo; golpe por golpe; dentellada por mordedura.

Pero vino después la razón, señora tan respetable como fría, y murmuró á mi oído palabras tan razonables como suyas. Que si hay críticos, me dijo, que merecen encontrarse con otros como ellos, los hay también de saber, de conciencia, y que éste, que generosa y confiadamente viene á mí, separado y á larga distancia marcha de la rencorosa atrabiliaria turba. Que mi ensañamiento en su persona, agregó, sería inútil, porque *alas* tan poderosas tiene, que del mismo altar del sacrificio se me escaparía, dejándome como á Fedra, salvo el sexo, con el crimen sobre la conciencia y sin el placer de haberlo saboreado. Y en suma, añadió para concluir, que no fuera justo aplicar al inocente lo que aun para el culpable repruebo, y hacerme cómplice de ese lamentable afán de ciertos escritores de censurar por afición, morder por gusto y destruir reputaciones.

Hiciéronme fuerza tales razones, renuncié á la crítica, declaré abolida en el código de mi particular justicia, al menos por esta vez, la pena del Talión, por natural que sea y gustosa que parezca, y aun me propuse, pasando de uno á otro extremo, hacer alarde de generosidad, y de entonar las alabanzas de que es digno el autor del libro y sus elegantes y profundos trabajos literarios.

Pero pronto hube de renunciar á mi propósito, porque pensé que bien mirado ¿para qué necesitaba el Sr. Alas mis elogios? ¿Ni qué provecho pudiera reportar de ellos? ¿Ni qué habían de aumentar á su buen nombre en la república de las letras unas cuantas encomiásticas frases, por justas que fuesen, que sí lo serían? ¿Quién no ha oído su *clarín* de guerra, ya en son de batalla, ya entonando marcha triun-

fal? ¿Quién no sabe que D. Leopoldo Alas es escritor á la vez elegante y profundo, ya severo y preciso, ya agudo y epigramático, y siempre de levantado pensamiento, amante de la ciencia y noble en sus propósitos? Nadie que circule por las plazas ó callejuelas de la literatura moderna lo ignora, que en los sitios principales de la ciudad del arte se habrá encontrado con mi buen amigo; pero si alguien, por acaso, lo ignorase, con repasar el libro que á este prólogo sigue, saldría de su reprehensible ignorancia y ahorraríase mis noticias y advertencias.

A mi juicio, la serie de críticos que empieza en Larra y concluye en Balart, está pidiendo con necesidad y urgencia gente que la continúe y amplíe, y el Sr. Alas no debe contentarse con menos que con ser uno de los insignes herederos de aquellos insignes críticos.

Todo esto es exacto, y está bien, y no hay quien ose contradecirlo; pero de aquí resulta que mis elogios serían inútiles por sabidos, y por vulgares casi impertinentes, y que sólo servirían para alentar la malicia del público, harto edificado, como ahora se dice, con tantas alabanzas mutuas y tanta sociedad comanditaria como pulula por el campo literario. Y de aquí resulta aún, como forzosa consecuencia, que tampoco por este camino puedo llegar al fin de este mi premioso trabajo.

No puedo censurar: sería injusto.

No puedo alabar: sería impertinente.

¿Qué haré, pues?

Por lo pronto he escrito tres líneas y con ésta son cuatro, lo cual no debe despreciarse, sobre todo cuando van tan nutridas de pensamiento como el lector habrá notado.

Pero hay más: ocúrreseme que, á no dudarlo, habría materia para un extenso y hasta majestuoso proemio, si yo me lanzase á disertar sobre crítica literaria y sobre sus fundamentos y preceptos. Pero el problema es grave. Difícil es hacer y hacer bien; pero ¿qué difícil es no juzgar mal!

Para lo primero, basta á veces una buena idea, de esas

que casi siempre flotan en la atmósfera como impalpables gérmenes, una mediana cultura y algunos instantes de inspiración. Para lo segundo, ¡qué altas cualidades intelectuales son necesarias! ¡qué conjunto de opuestas aptitudes! ¡quién ha podido nunca adivinar el fallo del porvenir en materias de arte! ¡quién ha podido jamás elevarse sobre las pasiones, las preocupaciones ó los caprichos del momento! ¡quién puede ver con luces que han de encenderse dentro de tres siglos!

En suma, cuanto más lo pienso, más y más me afirmo en que no debo ocuparme aquí ni de la crítica, ni de sus reglas, ni de sus desarreglos.

Y con este último descabro doy por insuperable la empresa, me declaro solemnemente vencido y renuncio á escribir cosa formal con motivo y pretexto de este prólogo.

Mandaré, pues, á mi buen amigo estas insulsas cuartillas; daránle muestra de mi buen deseo y de mi mala suerte: si como ejemplo de humildad cristiana quiere darles entrada en su libro, entren en buen hora, pero déjelas en la antesala, ó en la escalera, si no en el zaguán, que es lo más que se merecen: si malas le parecieran, que prueba daría de buen criterio con ello, ciérreles la puerta y déjelas sin compasión en el arroyo, que allí se quedarán, porque yo no he de recogerlas.

Y basta con esto, y aun sobra todo lo escrito.

Buena suerte al libro; mala pena de olvido al prólogo, y larga vida y todo género de prosperidades para sus autores, dicho sea sin mira interesada.

JOSÉ ECHEGARAY.

